a saber el caso, vieron lo que pasaba y fueron con estas nuevas al rey Motecuhzuma y enviando otras gentes de nuevo para que ejecutasen su propósito y matasen a Tlahcatetotl le sucedió lo que a los demás; y viendo su valentía y la ferocidad del perro, y que no bastaban fuerzas humanas contra los dos, admirados y espantados de lo que veían, determinaron de tapiar las puertas de la sala y destecháronla por lo alto y tirándoles muchas flechas murieron amo y perro, con esta astucia, aunque vendiendo primero muy bien sus vidas, quitándolas a muchos de los enemigos que les acometieron; y murió Tlahcateotl muy alegre y contento sabiendo que por este modo dejaba libre su ciudad.

Si esta muerte y caso pasó como tengo dicho, no sé por cierto qué más hizo el rey Codro en defensa de sus atenienses, que estando confrontado él y su ejército contra los megarenses y sabiendo por respuesta del oráculo de Apolo que el ejército y campo del rey, que en la batalla muriese, había de vencer y cantar victoria de su enemigo; él como valeroso capitán y hombre esforzado no estimando la vida por dejar gloriosa su fama, se disfrazó para no ser conocido y en traje de humilde soldado se metió en lo más riguroso y fuerte de la batalla y se ofreció en ella a la muerte por dejar a su pueblo en los brazos de la vida, llevando esta inmortal gloria de haber muerto él solo, por dar vida a muchos que le seguían. Esto mismo me parece que puede cantar la fama de este valeroso rey Tlahcateotl, pues quiso morir él porque su pueblo viviese.

CAPÍTULO XXXI. *De cómo Maxtla, después que supo la muerte que Chimalpopoca rey de Mexico se había dado en la cárcel, envió gente de secreto que también matase a Nezahualcoyotl de Tetzcuco donde quiera que lo hallasen; y de casos que en orden de esto sucedieron*

ROPIEDAD ES DE UNA MALA CONCIENCIA (en especial si se halla culpada y obligada a la satisfacción y restitución de cosas ajenas) no asegurarse en ninguna ocasión; antes está tan quieta que todas las que se ofrecen, por seguras que sean, la alteran y desasosiegan; lo cual nace no de la duda que en el mismo caso hay, sino del temor de conocer, que no es suyo lo que posee. Por esta causa Maxtla, aunque se veía rey y emperador de casi todas estas naciones de esta Nueva España, como se había introducido en el gobierno por la tiranía de su padre, Tezozomoctli, que tiránica y violentamente había muerto al que lo era propio y natural, por esto no se aseguraba; porque aunque sabía que era señor de los cuerpos de sus vasallos, le parecía también, que no lo era de sus ánimos y voluntades (porque quien por fuerza sujeta la misma fuerza, rinde el cuerpo, pero no la potencia libre del alma).

Con este cuidado andaba Maxtla buscando maneras y modos de cómo

más seguramente pudiese gozar de su imperio; y el más cierto y seguro que hallaba era matar las cabezas mayores de los mayores reinos; y viendo que uno de éstos que más le afligían, que era Chimalpopoca, era ya muerto y que el otro, que era Nezahualcoyotl, por engaños y traiciones no lo podía haber a las manos para matarlo (que era el modo que en su muerte había de haber, según lo determinado y acordado por los adivinos y hechiceros de su padre Tezozomoctli), se determinó, a pública o secretamente, le matasen, pareciéndole que cuando en el modo de su muerte hubiese yerro lo era mayor dejarlo con vida; pues mientras él la tenía es de creer que tendría granjeados los corazones de aquellas gentes, que por fuerza tenía rendidos a su servicio Maxtla; los cuales de voluntad, si pudiesen, se mostrarían vasallos leales de Nezahualcoyotl, que era el desposeído y despojado de lo que legítimamente era suyo.

Por esto, ya desahuciado de sus ocultas trazas, llamó cuatro de sus capitanes y les mandó que juntando alguna de su gente, de la más valerosa y fuerte de su ejército, se fuesen a la ciudad de Tetzcuco donde tenía por nuevas que Nezahualcoyotl estaba y que le matasen por la vía que pudiesen. Los capitanes, obedeciendo a Maxtla, luego se apercibieron; y por no ser sentidos no llevaron mucha gente; pero de los mejores soldados escogieron unos pocos y se partieron con ellos en busca de Nezahualcoyotl. Nezahualcoyotl estaba a esta sazón en la ciudad de Tetzcuco; y aunque de secreto y muy ocultamente solicitaba por sus mensajeros las voluntades de muchos de los señores del imperio, era de manera que en lo interior daba a entender como que vivía descuidado de aquel pensamiento, porque los gobernadores o virreyes que estaban nombrados para las tres naciones (como antes hemos dicho), no entendiesen su cuidado y determinación, antes viendo que se ocupaba en juegos y pasatiempos se desvelasen y creyesen que no trataba nada en orden de recuperar lo perdido. Por esto Nezahualcoyotl ordenaba danzas y bailes, y cantares y otros juegos, que más eran demonstrativos de corazón contento que de hombre apasionado. Con esto le dejaban vivir estos dichos gobernadores sin miedo de que por ellos en ningún tiempo recibiría mal ninguno; mayormente que en el pregón que Tezozomoctli mandó dar acerca del reconocimiento y vasallaje, con que todos habían de acudirle a su corte, fue también perdón general, no solamente para contra los que les habían hecho resistencia, sino también para Nezahualcoyotl, al cual perdonaba y daba licencia de poder andar con libertad y estarlo en su ciudad de Tetzcuco con calidad que no amotinase las gentes, ni tratase de ser más de caballero particular.

Estaba pues a la sazón que estos capitanes llegaron, jugando a la pelota con un caballero de los de su casa llamado Ocelotl; y como viese venir los capitanes determinados hacia su palacio y patio, donde estaba jugando, no dando a entender que los veía venir fingió una necesidad repentina y metióse en lo interior de su casa; porque creyó que aquellos hombres que venían armados, no era posible que viniesen a cosa buena, en especial que conoció en su divisa ser tepanecas. Los capitanes que llegaron a su casa preguntaron por él. El cual dijo: que estaba allá dentro y que iría a

dar aviso de su llegada. Ellos se quedaron a la puerta aguardando la respuesta. Fue el portero a Nezahualcoyotl y le dijo, cómo gente de Azcaputzalco estaba allí, que quería hablarle; mandó que entrasen y a Ocelotl (que era con quien jugaba) que los metiese en la sala donde salían a recibir los forasteros y que supiese la causa de su venida y le avisase. Hízolo así Ocelotl, al cual los capitanes dijeron que venían a hablar a Nezahualcoyotl de parte del emperador Maxtla, porque eran sus embajadores. Fue con esta respuesta Ocelotl y diola a Nezahualcoyotl, el cual de allí a un rato saliólos a ver y muchos de sus criados tras él, con flores y acayetes (que es la usanza con que los forasteros de estimación se recibían), y saludándose los unos a los otros, díjoles Nezahualcoyotl que reposasen y descansasen un poco y que comiesen; y que después de haber comido y descansado le darían la embajada del emperador y que para esto los aguardaba en aquella misma sala, por donde había salido a recibirlos. Había en esta sala un sitial y trono a la usanza antigua de estos reyes donde se asentaban, en cuyo contorno había otros muchos asientos para otros que con los reyes asistían para los negocios que se trataban. Había también detrás del tlahtocaycpalli (que es la silla real) hecho un agujero capaz y suficiente por donde podía salir una persona, el cual tapaba la silla real que delante tenía, para si, en algún tiempo, el rey se viese en aprieto y cercado en aquella sala de enemigos o traidores, tuviese remedio de escapar con la vida por aquel lugar que era hecho a manera de laberinto, por tener muchas y muy diversas entradas y salidas que sólo el rey, y alguna persona privada suya, eran diestros en saberlas.

Entróse en esta sala Nezahualcoyotl y sentóse en su silla, teniendo a vista los capitanes tepanecas en la otra y trayéndoles de comer les vio estar comiendo; y mientras el acto duraba comenzó a considerar Nezahualcoyotl que su venida no podía ser para ningún bien suyo, antes se resolvió que era para matarlo; y pensó que si aguardaba a que los capitanes pusiesen en ejecución su hecho y determinación (si acaso era aquella) era posible salir con ello; porque los de la ciudad, más reconocían a Maxtla, por el miedo que le tenían, que a él, porque lo veían desposeído de su reino; y que si quisiese apellidar favor no lo hallaría y que por esto era más cordura huirles el cuerpo que aguardarles. Y viendo que estaba en ocasión pública y que no podía, por razón de que los tepanecas lo estaban mirando, llamó a Ocelotl y con recato y cautela le dijo: que se pusiese a la puerta de la sala, como que iba con descuido y llaneza y que hiciese que se quitaba algunos pelos de la manta que ellos traen por capa y que extendiéndola bien lo encubriese de la vista de los capitanes que estaban enfrente, para que él tuviese lugar de salirse secreta y ocultamente por el agujero que en la pared estaba. Hízolo así Ocelotl y Nezahualcoyotl se salió muy secretamente de la ciudad y se fue con la mayor priesa que pudo a un lugarejo, media legua de esta ciudad, llamado Cohuatitlan y tuvo lugar para poder hacer esta fuga; porque aunque los tepanecas, cuando miraron hacia la silla y vieron que Nezahualcoyotl no estaba sentado en ella, no sabiendo la fuga ni el secreto de la sala, entendieron que se habría puesto en otro

lugar de ella. Con esto se aseguraron; y después de haber comido aguardaron por muy grande rato a que Nezahualcoyotl los llamase, pensando que estando solo y descuidado con facilidad lo matarían; pero viendo que no los llamaba y que el caballero que a la puerta se había puesto se había ido, fueron hacía la sala, donde creían que estaba, y entrando dentro no le hallaron ni persona que les diese razón de donde se había huido.

Viéndose burlados estos capitanes y notando la astucia de Nezahualcoyotl, corridos y afrentados de la burla que les había hecho, salieron con más priesa que habían traído por ver si acaso en alguna parte le divisaban o hallaban; pero como les llevaba más de una hora de ventaja y el lugar adonde se había ido era cercano, no supieron de él. Fueron en su seguimiento por aquella misma parte que Nezahualcoyotl se había ido, preguntando a los que encontraban por él. Y uno les dijo cómo llegaba ya a esta aldehuela Cohuatitlan y pareciéndoles que ya el caso no podía ir por la manera que lo habían principiado, parecióles ser necesaria la compañía de su gente y llamándolos se fueron a la parte donde les habían dicho que estaba y aunque llegaron a él y hicieron muchas diligencias en buscarle nunca le hallaron; porque los moradores del pueblo eran tejedores de mantas de nequén; y entre unas telas que estaban urdiendo lo metieron y en ellas lo escaparon. Y haciendo mucha matanza en los dichos moradores, obligándoles a que diesen razón del enemigo que buscaban, era tanta la fe que le tenían, que jamás confesaron haberlo visto ni sabido de él; entre los cuales murieron un caballero muy principal, llamado Tuchmantzin, que tenía a cargo el gobierno de aquellos tejedores y otra señora, llamada Matlalintzin, que en orden de encubrir a su señor natural (por ser estas gentes muy amigas de ellos) recibieron la muerte con mucha paciencia. Viendo los tepanecas que la risa y estrago que en aquellos aldeanos hacían no aprovechaba para confesar la verdad que les preguntaban, los dejaron; y pasaron adelante pensando que Nezahualcoyotl iría huyendo hacia la sierra y montes que enfrente de este pueblo estaban, siendo la verdad que quedaba en él escondido; y con esta astucia se escapó esta vez de sus manos.

CAPÍTULO XXXII. *De la elección y nombramiento de Itzcohuatl, cuarto rey de Mexico*

OMO LOS MEXICANOS TUVIERON NOTICIA de que su rey Chimalpopoca era muerto en la cárcel donde Maxtla le tenía (como queda dicho), tristes y afligidos de verse sin rey y que por aquel modo había sido muerto, hicieron su junta y cabildo para elegir otro, que en lugar del pasado saliese a la defensa, no sólo de este agravio presente, sino de todos los demás recibidos. Y juntos y congregados después de haber hecho una muy larga y prolija plática, uno de los más graves y ancianos de esta congregación, represando en ella las aflicciones en que vivían, las afrentas que sus vecinos les causaban y la opresión en que los reyes de Azcaputzalco